

La Luz de la Reina

Lumen

Reinado 
de Maria

Reginae

Nº 8 - Diciembre 2020



Inmaculada Concepción

«María Inmaculada, es decir, triunfo de Dios. Triunfo completo. En el mundo reina el demonio a través del pecado. Pero, María toda Ella es luz de santidad. Ella es el camino recto y seguro para el encuentro con Dios».

(P. Rodrigo Molina)

EN ESTE NÚMERO

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

SANTA MARÍA, TRIUNFO ROTUNDO Y TOTAL DE DIOS

4

VICTORIAS DE MARÍA

LA INMACULADA DE EL ESCORIAL, BELLEZA QUE IRRADIA VIDA

7

TESTIGOS DE MARÍA

SANTA MARAVILLAS DE JESÚS

9

MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

SEXTA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA. EL PECADO

10

SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

DEJÉMONOS GUIAR POR ELLA

12

REINADO DE CRISTO

DIOS CONFÍÓ SU HIJO A SANTA MARÍA

14

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

EL VERBO SE HIZO CARNE EN LAS PURÍSIMAS ENTRAÑAS DE LA VIRGEN MARÍA

15

REINADO DE MARÍA

«CON LOS OJOS, LAS MANOS Y EL CORAZÓN DE MARÍA»

16



ALMA MARIANA

P. RODRIGO MOLINA, INSPIRADOR DEL
REINADO DE MARÍA



«Inmaculada: la aspiración de un hijo es una madre perfecta. María es la persona ideal, la que reúne todas las perfecciones. La pureza absoluta, la santidad perfecta. Dios nos da una Madre que colma todas las aspiraciones, aun las que en ensueños podemos aspirar. María, Madre-Inmaculada, es para mí el máximo de garantía. En Ella puedo depositar toda mi confianza. En Ella estoy perfectamente asegurado. Constituye un seguro de por vida y universal, nada cae fuera de él».

Al lector

Etota pulchra es

Eres Toda hermosa, ¡oh María!

Dijo el 'Angel a María: "¡Alégrate!, la llena de gracia, de todos los favores, dones, mercedes de Dios..." La toda bella, la que has hecho sonreír a Dios.

María es la Inmaculada: La pura, tersa, translúcida, sin mancha, limpia, sin tacha, nítida, intacta, cristalina, sin fealdad, sin pecado, sin sombra, sin suciedad.

Su pequeño Corazón humano está perfectamente «centrado» en el gran Corazón de Dios.

Aspiremos a la gracia y belleza de Dios, invitados por su Corazón Inmaculado. Descubramos que nuestra única riqueza es el Amor de Dios que nos regala el Corazón de nuestra Madre Inmaculada.

Del Corazón de María brota un Amor gratuito. Amor que santifica. Amor que aleja del pecado.

Guía Tú, Madre Santísima, a tus hijos, haciéndonos cada vez más obedientes y fieles a la Palabra de Dios. Acompáñanos en el camino de la conversión y de la santidad, en la lucha contra el pecado y en la búsqueda de la belleza auténtica, que es siempre impronta y reflejo de la Belleza divina.

Que el Eterno Padre que te quiso Madre Inmaculada del Redentor, renueve también en nuestro tiempo, por mediación Tuya, los prodigios de su amor misericordioso.

Si respiro, vivo. Si soy devoto de María tengo asegurada mi vida eterna. María no frustra la esperanza de los que acuden a ella. Es lo propio del corazón femenino: no frustrar la esperanza de sus hijos.



«María es esperanza para los que están ya sin esperanza» (San Pedro Damián)

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

El 8 de diciembre de 1854, Su Santidad Pío IX definía solemnemente como dogma de fe, la Inmaculada Concepción de María con estas palabras: “Declaramos, proclamamos y definimos que la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano, está revelada por Dios”.

En efecto, en el momento de ser concebida, María no contrajo el pecado original, heredado de nuestros primeros padres, Adán y Eva, con el que todos nacemos y somos ya, “desde el comienzo, hijos de ira” (Ef 2, 3), según la frase de San Pablo. Y en la carta a los Romanos, el mismo apóstol afirma: “Por esto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así a todos los hombres alcanzó la muerte, porque todos pecaron.” (Rm 5, 12).

Todos los hombres nacemos en pecado. Por esta razón somos indigentes y necesitados de Cristo desde el principio; no hay nadie que no necesite de su salvación. En este sentido, la Inma-

culada Concepción, como decía Pío IX, constituye una “singular gracia y privilegio”. Esto no significa, en manera alguna, que María no haya necesitado de la salvación de Cristo. María, al igual que todos los hombres, fue realmente “redimida” por Cristo, pero con la esencial diferencia de que la suya fue una “redención preservativa”, es decir, que fue preservada de caer, en vez de ser liberada después de haber caído y, en este sentido, María fue redimida de un modo más perfecto.

La palabra “Inmaculada Concepción” tiene, a veces, el riesgo de ser entendida de un modo meramente negativo, es decir, como si María sólo hubiera sido concebida “sin la mancha del pecado original”, con el que todos nacemos. Sin embargo, este misterio está expresado en el Nuevo Testamento del modo más positivo imaginable como “llena de gracia”. (Lc. 1, 28). Esta plenitud de gracia excluye todo pecado en María.

La Concepción Inmaculada de María no tendría sentido alguno si no se la concibe como el comienzo de un estado de santidad ya desde el primer instante de su existencia,

Santa María, triunfo rotundo y total de Dios

que ha de prolongarse y permanecer durante toda la vida. La santidad perpetua de María implica en Ella la exclusión de todo pecado, incluso venial, durante toda su vida.

Como Modelo y Madre nuestra, María nos invita a imitarla en su santidad de vida, en su lucha constante contra el pecado y contra todo lo que nos aparta de Dios. Por eso es esperanzador saber que, en esa lucha no estamos solos. El libro del Génesis nos muestra ya esa batalla entablada entre la Serpiente y su descendencia y la Mujer y su descendencia. “Pongo enemistad entre ti y la Mujer y entre tu linaje y su linaje: Él te aplastará la cabeza mientras tú acecharás su calcañar” (Gn 3, 14).

En este sentido María tiene una sola preocupación: librarnos del pecado que nos lleva a la enemistad con Dios y a la muerte eterna. El único dolor de María es nuestro pecado. Nuestro pecado está en la base de todas nuestras desgracias. Es la advertencia que Jesús da al paralítico después de haberlo curado en la piscina de Siloé: «¡Ya estás sano! ¡no peques más, no sea que te suceda algo peor!» (Jn 5, 14).

Ese “algo peor” es perder la amistad con Dios. Pecar es ese acto consciente y responsable por el que me revuelvo contra la autoridad absoluta de Dios para erigirme en independiente, en autor de mi propio camino. Es un rechazo voluntario de la luz.

La Inmaculada Concepción es todo lo contrario al pecado. María es, toda Ella, apertura a Dios, disponible a todas las Voluntades de Dios. Ella es la sin pecado, la permanentemente llena de los dones de Dios.

¿Qué debemos hacer nosotros para asemejarnos a Ella? Colaborar con Dios, abrirnos a Él en fe, no oponernos a Su voluntad, acogerlo en nuestro corazón, luchar contra todo lo que nos aparte de Él, es decir, contra el pecado, como lo hizo María.

A Santa María se le ha concedido el ser Corredentora, el estar asociada íntima e indivisamente al misterio de la redención de los hombres y al de la mediación universal para dispensar todas las gracias. Esto quiere decir que María continuamente tiene entablada una lucha perpetua contra el enemigo del hombre: el demonio, que constantemente está acechando



al ser humano para hacerlo pecar y apartarlo de Dios.

En el Libro del Apocalipsis vemos que el Dragón quiso vencer a la Mujer pero, al no poder, “... despechado contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús” (Ap 12, 7).

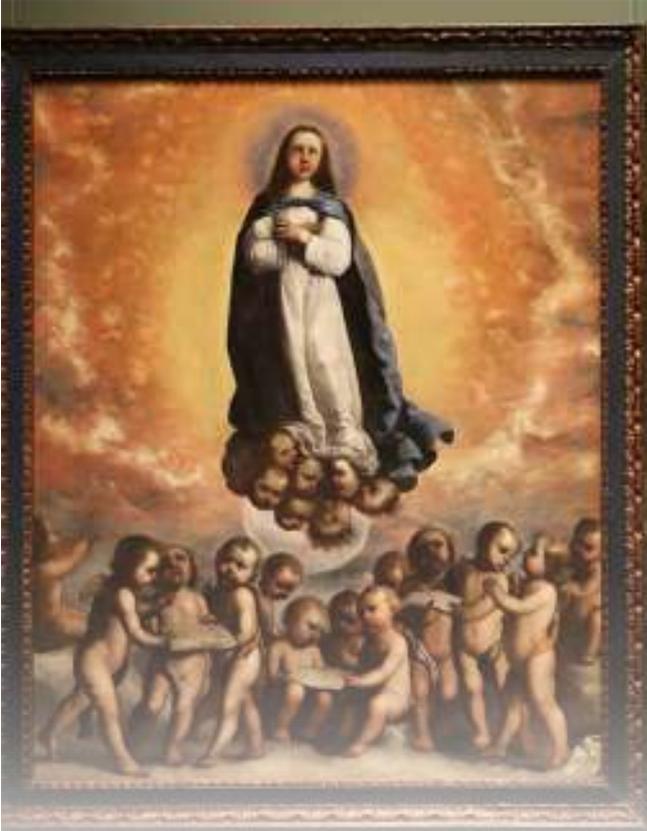
Pero en esta lucha, el hombre no está solo. Aunque es triste la experiencia del pecado, que desfigura la dignidad de los hijos de Dios, quien recurre a Santa María redescubre la belleza de la verdad y del amor, y vuelve a encontrar el camino que lleva a la casa del Padre.

Por eso, si queremos ser cristianos, debemos ser marianos. En efecto, Santa María es el lugar privilegiado para el ENCUENTRO con Dios.

Acercarse a María es confiar en que Ella contiene todas las gracias de santificación que Dios ha pensado para mí. Vivir unidos a María es el modo más fácil de santificar el momento presente. Es reconocer que tenemos absoluta necesidad de Ella; que «todo nos viene por María».

La Inmaculada Concepción es la obra más acabada y perfecta de Dios en una criatura y es lo que Dios quiere de cada uno de nosotros. María es la Inmaculada, que quiere hacer a sus hijos inmaculados como Ella.

VICTORIAS DE MARÍA



Belleza que irradia vida

Cuando el arte refleja de alguna manera la belleza sobrenatural de la Virgen María, ofrece a Dios un medio apto para dar gracias actuales a las personas.

En el bicentenario del Museo del Prado (Madrid, España), una mujer japonesa reveló algo muy íntimo que le ocurrió hacía algunos años y que cambió su vida completamente, precisamente ante el cuadro «La Inmaculada del Escorial» del gran pintor sevillano Bartolomé Esteban Murillo. La belleza de María la rescató de una vida abocada al suicidio.

En 2006 viajó a Japón una muestra de arte con 81 obras maestras del Museo del Prado. Había obras del Greco, Velázquez, Zurbarán, Murillo, Goya...

En Osaka la protagonista acudió a visitar la muestra. Entre otros cuadros, pudo contemplar la «Inmaculada del Escorial», que

representa a la Virgen vestida de blanco y azul, con las manos juntas o cruzadas sobre el pecho, pisando la luna y mirando al cielo. La vista de la Inmaculada la sacudió por dentro.

Ella estaba destrozada, golpeada por la vida. Nada tenía sentido. No tenía ganas de vivir y estaba decidida a suicidarse. Al ver la imagen de Santa María, se emocionó y se dijo: «Si en este mundo hay cosas tan hermosas como este cuadro, merece la pena seguir viviendo».

¡La Virgen le había alcanzado las fuerzas para no tirar la toalla!

El reencuentro

Trece años después, la señora viajó a Madrid. Acudió al Museo del Prado expresamente para volver a ver aquel cuadro que le cambió la vida, que la salvó: «La Inmaculada del Escorial». Busca con afán. Pero el

Tota pulchra es



cuadro no está. Al no encontrarlo, llora desconsoladamente. Los vigilantes de la sala le explican: ese cuadro está en el taller, en una puesta a punto. El director del museo, se entera de la historia de la japonesa, y con gusto le permite el acceso al taller para ver a su Salvadora.

Así es María. Este relato es apenas una muestra en el plano material de la honda e indiscutida repercusión de la obra de nuestra Madre Inmaculada en nuestras almas. Siempre. Cada uno de nosotros es reclamo de la solicitud discreta, pero siempre eficaz de la Virgen Santísima. Ella ruega por nosotros. Aunque no la recordemos, aunque no la conozcamos. Nuestra vida está transida de la presencia de la Madre. Necesariamente, porque se debe a Ella, a su Corazón amante, el remediar, el curar, el consolar.

TESTIGOS DE LA INMACULADA

Santa Maravillas de Jesús

María de las Maravillas de Jesús Pidal y Chico de Guzmán nació en Madrid, España, el 4 de noviembre de 1891. Desde su infancia deseó consagrarse a Dios y dedicó su juventud a ayudar a los necesitados.

Sus modelos de vida fueron dos grandes santos: Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Con la determinación de seguir sus pasos, sintiéndose profundamente conmovida por el amor de Jesucristo y alentada por su devoción a María, no hallando en el mundo nada que pudiera saciar los deseos inmensos de su corazón, el 12 de octubre de 1919, a los veintiocho años, entra en el convento de Carmelitas Descalzas de El Escorial.

De allí sale en 1924 para hacer su primera fundación: la del Carmelo del Cerro de los Ángeles, centro geográfico de España, donde se había erigido un monumento en honor del Sagrado Corazón de Jesús, y España fue consagrada a Él por el monarca Alfonso XIII. Bendecida por numerosas vocaciones, pudo desarrollar la anhelada expansión apostólica y la apertura de nuevas fundaciones, diez en total.

La Madre Maravillas se caracterizó por su austeridad. Se abrazó felizmente a la pobreza contribuyendo con su trabajo al sostenimiento de la comunidad. Con los medios económicos que poseía, propició la creación de casas para personas sin recursos, una iglesia y un colegio, costeó estudios a seminaristas, puso en marcha una fundación destinada a religiosas enfermas, etc.

Amable, discreta, paciente, confiada, dadora de paz, vivía olvidada de sí, entregada a la

oración y a la penitencia. Ejercitaba la caridad con todos, preocupándose por la más mínima de sus necesidades. Gran apóstol, solía decir: *«Me abraso en deseos de que las almas vayan a Dios»*. La conciencia de su pequeñez, que le hacía considerarse

«una nada pecadora», da cuenta de su afán por la unión plena con Dios: «No quiero la vida más que para imitar lo más posible la de Cristo». Hasta el fin, como hizo en el proceso de su enfermedad, quiso cumplir la Voluntad Divina. Siempre había dicho a sus hijas: *«Lo que Dios quiera, como Dios quiera, cuando Dios quiera»*.

Fue irradiante su amor a la Santísima Virgen a Quien gustaba llamar Nuestra dulcísima Madre. Decía a sus monjas:

«¡Qué bien se está en el asilo de la Virgen, bajo su manto, su mirada y con su amor!»

«Tomemos por modelo a la Virgen Santísima y permanezcamos con Ella al pie de la cruz, con viva fe y perfecto amor».

«Pídele a la Santísima Virgen te dé lo suyo para adornar, limpiar, calentar tu alma. Con lo de Ella, que es tuyo, quedará preciosa. Lo demás no importa. No dejes de luchar, y como Él lo ve todo y lo sabe todo... ¡qué alegría! Conviene que Él lo sea todo y tú nada».

Pasó los últimos años de su vida en el convento de La Aldehuela (Madrid). Murió santamente el 11 de diciembre de 1974. El Papa San Juan Pablo II la beatificó el 10 de mayo de 1998 y la canonizó el 4 de mayo de 2003.



MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

SEXTA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA

El 13 de octubre de 1917 tuvo lugar la sexta aparición de la Santísima Virgen a los tres pastorcitos en Fátima. La multitud se apiñaba alrededor de los niños que pedían a los videntes que intercedieran ante la Señora para alcanzarles diversas gracias.

Lucía no se olvidó de la humanidad doliente y, con humildad, presentó a la Señora las peticiones que le habían sido encomendadas: la curación para algunos enfermos, la conversión de pecadores, etc. La Virgen le contestó que algunos alcanzarían las gracias pedidas, pero otros, no. Y le dijo: *«Es necesario que se enmienden, que pidan perdón por sus pecados»*. Y, tomando un aspecto triste, añadió: *«No ofendan más a Dios, Nuestro Señor, que ya está muy ofendido»*.

Con estas palabras, la Santísima Virgen nos enseña que el único verdadero mal que existe en nuestra vida no son

las enfermedades ni ninguna otra calamidad, sino sólo el pecado.



Pecar es rechazar a Dios, rebelarse contra Él, mi Creador y Señor. El pecado rompe la relación personal entre Dios y el hombre. Al pecar me destruyo, me hago daño, introduzco en mí enfermedad, auto-destrucción, muerte. Trae consigo el fracaso total, la frustración plena, el engaño y fraude más grande que me puedo hacer

a mí mismo.

Por eso María, la Inmaculada, la que nunca manchó su alma con la más mínima mota de pecado, nos invita a acoger su mensaje de luz y de esperanza. Al abrirme a Dios y rechazar el pecado, permito que Dios introduzca en mí su Vida, la verdadera, la divina.

El pecado es oscuridad, porque me aparta de Dios, que es la Luz del mundo. Para alcanzar esa luz, el mismo

«No ofendan más a Nuestro Señor, que ya está muy ofendido»

Dios nos presenta a su Madre como faro luminoso. Si la vida es un camino, y este camino a menudo resulta oscuro, duro y fatigoso, ¿qué estrella podrá iluminarlo? La Iglesia mira a María y la invoca como «Estrella de esperanza».

María, con su «sí» a la propuesta de Dios de ser la Madre del Redentor, permitió que la esperanza se hiciera realidad. Por medio de Ella, el Mesías esperado, el Verbo de Dios se hizo carne y puso su tienda en medio de nosotros.

¿Quieres mantener tu pertenencia a Dios? Mantente siempre alejado del pecado. El pecado trae tristeza. La Inmaculada toda Ella es una firme y sólida repulsa, no digo del pecado sino de la sombra de pecado; la Inmaculada es la detectora clarividente del pecado. Asociado a ella detectarás el pecado, repelerás el pecado. Nosotros tan débiles ante lo violento de las tendencias pasionales, ante el brillo aparente de las sugerencias del mal, necesitamos de su ayuda. Tener una Madre Inmaculada es un tesoro nunca lo bastante alabado.

Acerquémonos a María y dejemos que Ella, al igual que hizo con los pastorcitos, tome posesión de nuestro corazón para que nunca más ofendamos a Dios y podamos vivir el gozo de nuestra unión con Él.



Stata pulchra est

SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

CONSAGRARSE A MARÍA ES IMITAR SUS
VIRTUDES, ASEMEJARNOS CADA VEZ MÁS A
NUESTRA MADRE INMACULADA.

El Papa San Pablo VI en su exhortación apostólica *Marialis cultus* n° 4 presenta el tiempo de Adviento «*como particularmente apto para el culto de la Madre del Señor*».

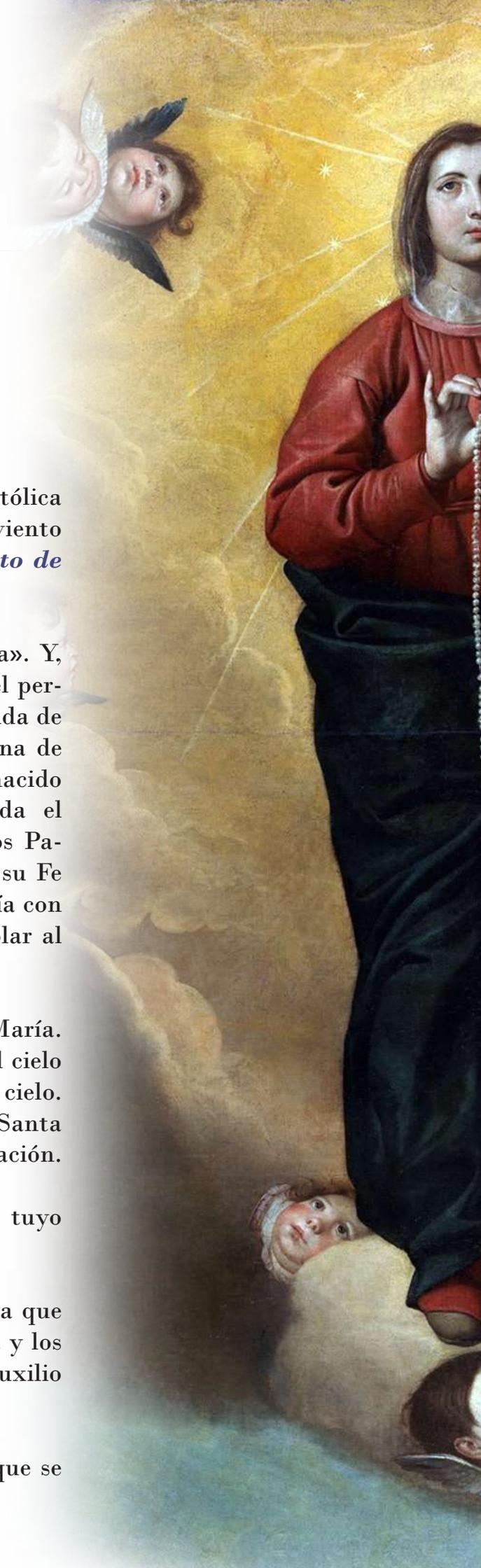
El Adviento es un tiempo, sobre todo, de «espera». Y, también en este caso, María se nos presenta como el perfecto modelo de la esperanza que no defrauda. La vida de María no era más que una dulcísima esperanza llena de grandes anhelos y de deseos vivísimos por ver ya nacido al Mesías prometido. En Ella se resumió, acrecentada el máximo, toda la esperanza que llenó la vida de los Patriarcas y Santos del Antiguo Testamento, y como su Fe no dudaba ni un instante de la palabra de Dios, vivía con la dulce y consoladora esperanza de ver y contemplar al Salvador.

Y Jesús, el Dios con nosotros, está en brazos de María. La presencia del Señor es patente en la eficiencia: el cielo ha bajado a la tierra. En la tierra se puede ya vivir el cielo. El cielo futuro comienza ya en la tierra. Y la Virgen Santa es el punto de encuentro, la Engendrada de la Salvación.

Con Jesús y con María todo lo humano, todo lo tuyo queda convertido en esperanza.

¿Qué es la esperanza? Es la virtud teologal por la que confiamos con plena certeza alcanzar la vida eterna y los medios necesarios para llegar a ella apoyados en el auxilio omnipotente de Dios.

María en esta virtud es el modelo más sublime que se puede imaginar.





Dejémonos guiar por Ella

La Virgen Inmaculada no tenía ninguno de aquellos obstáculos que se oponen a esta virtud: en Ella no hubo el más mínimo apego a la tierra, ya que estaba continuamente con el corazón en el cielo, total y permanentemente abandonada en los brazos paternos de Dios.

Esta fue su actitud el día de la Anunciación: en su respuesta al Ángel, fiat, fundió todo su ser en la Voluntad de Dios. También ante la imprevista orden de huir a Egipto para salvar la vida del Niño Jesús de las amenazas de Herodes. Lo mismo en las Bodas de Caná, cuando pidió a Jesús el milagro de la conversión del agua en vino. Siempre y en todo el abandono confiado en Dios, la seguridad de su ayuda en el momento oportuno. Especialmente en la cumbre del Calvario, esperó en que su Hijo resucitaría cuando lo tuvo muerto en sus brazos. Y su esperanza jamás quedó burlada.

Su esperanza, su abandono en Dios, no fue, sin embargo, inoperante. Todo lo contrario. Practicó durante toda su vida aquel aviso de San Ignacio: *«Haz por tu parte todo lo que puedas, como si nada esperases de Dios; y espéralo todo de Dios, como si nada hubieses hecho por tu parte»*. Así, en el viaje de Nazaret a Belén, la Virgen Santísima no descuidó el buscar un lugar para el nacimiento del Niño. Cuando perdió a Jesús, de doce años, en el templo, no omitió, de su parte, el buscarlo asidua y diligentemente hasta que lo encontró. En una palabra, siguió también aquella norma: *«ayúdate y Dios te ayudará»*. Dios exige nuestra cooperación.

Consagrarnos a María es dejarnos guiar por Ella, como el caminante que, en la oscuridad, se deja guiar por la luz. Jesucristo es ciertamente la Luz, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él, el camino más seguro es a través de su Madre, Estrella de la mañana.

REINADO DE CRISTO

«Un Niño nos ha nacido... El poder descansa sobre sus hombros, se llama Consejero maravilloso, Dios, el Fuerte, Padre, siempre Padre, Príncipe de la Paz. Dilatado es su dominio y la paz no va a tener ya fin» (cf. Is 9, 6ss).

Un niño, símbolo de la debilidad, del no alcanzar, de la deficiencia, del ser menos, del no tener, del carecer, del no puntuar... Desde ahora no hay intranquilidad, no hay enfermedad, no hay minusvalía, no hay complejo de inferioridad, no hay contradicción, no hay situación aflictiva o conflictiva, por dura que sea, que no caiga dentro de la esfera de las caricias de Dios; que no sea recogida por Dios como sitio adecuado para labrar en ella las perlas del amor. Eso, desde ahora. Eso en virtud de ese Niño que hoy se reclina en un pesebre. Desde ya todo es aprovechable. Desde ya no hay situación alguna que no se pueda santificar.

La fe me permite captar las realidades de Dios. La fe es lo que me concede vivirlas en el silencio y en el interior de mi alma y descubrir el misterio de amor y de paz que me trae este Niño. ¡Qué feliz es ser cristiano!

Todo puede ya realizarse gracias a este Niño que me presenta María, la de los ojos grandes, la de los ojos limpios, la de los ojos puros, la de los ojos bellos.

Dios confió su Hijo a Santa María. Se hace Niño, pura necesidad e indigencia, para que Ella despliegue con Él todos sus servicios maternales. Se hace Niño para que Ella compadezca a Dios. Nuestra Se-

ñora del Encuentro con Dios es el «ambiente vital» del Niño Jesús.

María desea que tú seas niño. Cuanto más niño, Ella más Madre. No hay lugar más adecuado a nuestra debilidad que Ella. Ella es nuestro espacio de vida. ¡Que ni un fragmento de tu existencia quede alejado de la cercanía maternal de la Señora!

Su Inmaculado Corazón es un abismo de consolación. Ella puede y quiere socorrerte. Si te confías a Ella nada será capaz de arrebatarte de su lado. Si tú le dejas hacer, te santificará infaliblemente. ¡Qué esperas para abandonarte de una vez en su regazo materno?



AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

«Cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer... para salvar...» (Ga 4, 4).

El ingreso del Hijo de Dios en la existencia humana para cumplir su destino de salvación, pertenece en exclusiva a la iniciativa libre de Dios Padre. Luego Dios me ama.

Desde la eternidad Dios Padre pensó en este momento «por cuanto nos ha elegido Dios Padre en Él antes de la creación del mundo» (Ef 1,4). Luego Dios me ama desde toda la eternidad.

Y Jesús, el Hijo de Dios Encarnado, permanecerá en condición humana eternamente. Luego Dios me ama irreversiblemente, para siempre.

El comienzo de la existencia humana del Hijo de Dios, del Niño de Belén, es la obra del inmenso, indescriptible e inconcebible amor de Dios.

Mira al Niño de Belén. Reflexiona sobre la historia del Hijo de Dios en su condición humana.

Mira su comienzo: un incómodo pesebre en una inhóspita cueva. Mira su final: el horrible madero de la Cruz.

¿Qué te dicen? ¿Qué te dice ese despojo inhumano?

Nada más que la dimensión inabarcable del Amor de Dios:

- El Amor del Padre que sacrifica a su Hijo por ti.
- El Amor del Hijo que obedece al Padre por ti.
- El Amor del Espíritu Santo que ejecuta ese mandato y esa obediencia por ti.

Sólo el amor de Dios Padre está en el origen del eterno Plan salvador hecho realidad en el Niño de Belén.

El Niño de Belén es plenamente del Padre.

Pero el acontecimiento que es Cristo, el Niño de Belén, no sucedió sin María.

Cristo es «no sin María».

El Hijo de Dios fue engendrado por el Padre, y al mismo tiempo es hijo de una Mujer, de María. Viene de Ella. Es de Dios y de María.



Cristo hubiera podido aparecer entre los hombres sin María, sin su maternidad. Pero quiso necesitar a María, a su maternidad, luego «la salvación nos viene por la mujer», nos viene por María.

Dice San Germán de Constantinopla: *«Vos tenéis en vuestra calidad de Madre del Altísimo, un poder igual a vuestro querer. Por eso mi confianza en Vos no tiene límites. Nadie ha sido colmado del conocimiento de Dios más que por Vos, oh Santísima, nadie ha sido salvado más que por Vos, oh Madre de Dios, nadie escapa a la servidumbre más que por Vos que habéis merecido llevar a Dios en Vuestras entrañas virginales... Vos obtenéis misericordia para los criminales más desesperados. Vos no podéis ser desatendida, pues Dios condesciende en todo y por todo a la voluntad de su verdadera Madre. No hay nadie, oh Santísima, que se haya salvado si no es por Vos. Nadie, oh Inmaculada, se ha librado del mal si no es por Vos. Nadie oh Purísima, recibe los dones divinos si no es por Vos. A nadie oh Soberana, la Bondad divina concede sus gracias si no es por Vos».*

Reinado de María



EN ACCIÓN

Con los ojos, las manos y el
Corazón de María

Arequipa (Perú)



Cusco (Perú)



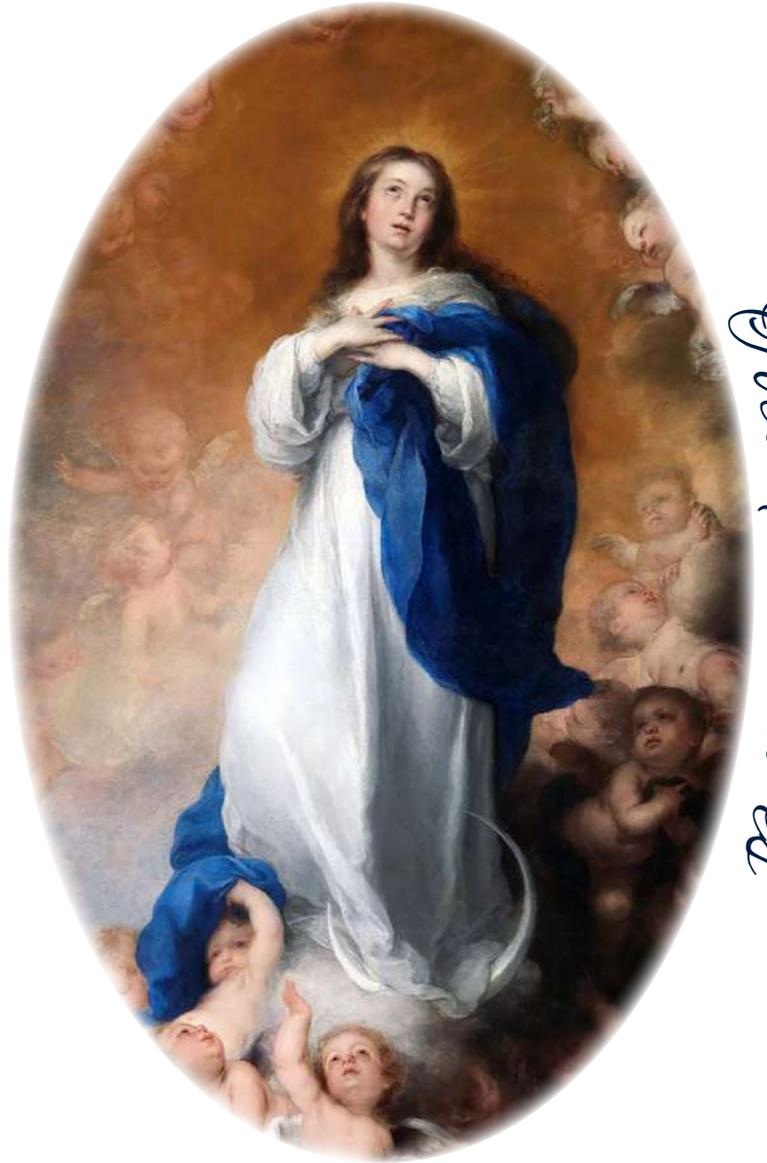
Betanzos (España)



San Miguel (Argentina)



Santiago (Chile)



Stata pulchra est



Este Boletín se distribuye gratuitamente. Quienes desean ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:



<https://reinadodemaria.org>